

La Batalla a los Obreros

Por BALDOMERO ARGENTE (Desde España)

EL régimen económico de oprobio y crueldad que ha encharcado la Historia durante más de dos siglos, hasta concluir en la orgía de sangre de la última guerra, se derrumba. La transformación social llega a toda prisa; en unas partes con fragor y estragos; en otras, por transacciones y acuerdos que moderen y encaucen. España no será, porque no puede ser, un islote moral y social. Pertenece solidariamente a un mundo espiritual cuya unidad salva las fronteras políticas. A pesar de los diversos caudillos, la gran caravana de las naciones marcha hacia una sola meta ideal. Lo que es fuera, será aquí.

Desoyendo los avisos de la realidad, todavía quedan entre nosotros supervivientes rezagados de aquella especie paleontológica que hablaba de dar la "batalla a los obreros". La frase ha evolucionado; el concepto, no. La intención palpita aún en muchos conatos de reformas sociales; se utilizan éstas como parapetos forjados para resistir y ofender mejor se tremolan banderas con apariencia progresiva, no como guión para el avance hacia los dominios de justicia, sino con banderín de concentración antiproletaria. Esos pendones llevan lemas muy opuestos; uno es el envés, resto al adversario, generoso y humano: lo dicta el miedo; otro es el revés, para amigos y aliados, egoísta y duro: lo es-

cribe el rencor y lo esconde el disimulo.

Discurramos con reposo y serenidad sobre ese cerril e insensato propósito de dar la "batalla a los obreros" que, aún sostenido tan solo por una evidente minoría, aún no ha desaparecido, para desdicha y vergüenza nuestras, del horizonte político español.

Unas cuantas advertencias del sentido común bastarán para demostrarnos que la realización de ese propósito no es posible ni conveniente ni justa. Por eso, toda política animada de tal propósito sería, no solo una demencia, sino una tentativa de suicidio nacional.

El objetivo esencial del movimiento pretoriano es este: destruir un régimen económico que ha degradado al hombre, convirtiendo al obrero en un simple animal vendedor de fuerza de trabajo y sustituido por otro que, reponiendo a aquel en su dignidad, le asegure el producto íntegro de su labor con la inherente desaparición del parasitismo social. Las concepciones sociales distintas, las tácticas divergente, nacen de la diversidad de los entendimientos; pero todas ellas tienen aquel centro común, porque ese anhelo nace del corazón.

¿Es posible contarrestar ese movimiento, contenerlo, destruirlo, aniquilarlo. Veamos los componentes de su fuerza. Cuatro factores concurren: el irrestañable impulso del

ser humano hacia la mejora de su condición, impulso tanto más vivo cuanto más grandes y visibles son las desigualdades sociales; sensación de la injusticia que los condena a una vida miserable y sin esperanza; existencia de una numerosa y creciente clase social compuesta por los vendedores de fuerza de trabajo, cuyos intereses son comunes; facilidades que la vida contemporánea otorga para la comunicación espiritual y la asociación del esfuerzo.

El primero de esos elementos tiene su raíz en la propia naturaleza humana; es la condición características de nuestro ser; el atributo esencial de su espíritu; la chispa divina que lo enaltece y eleva sobre todas las especies vivas; la fuerza que nos arrancó a las cavernas y llevó la Humanidad por la vía dolorosa de la Historia, hasta los esplendores y excelsitudes intelectuales y materiales de que se ufana; el artífice del pasado y la promesa del porvenir. Destruir ese impulso sería deshacer al hombre, arrancarle su racionalidad, matar el espíritu, oponerse al Creador. ¿Quién podrá jactarse de lograrlo? Eso supera las fuerzas humanas y no está en las posibilidades de ninguna política. Eso "retoña" siempre, frustrando el deseo de quienes prometan, más pagados de su jactancia que conscientes de su poder, "extirparlo implacablemente."

El segundo elemento nace de la



Esto es horroroso, parece que no se van a quitar el sombrero.

Señoritas, ¿serían tan amables de quitarse el sombrero?

Con mucho gusto, señor.